

hecho demuestran que nada era más contrario á los filósofos, no digamos que los crímenes, sino que las violencias que cometió la Revolución. Sin que eso les exima de ciertas responsabilidades. Nosotros no hemos disfrazado sus errores, los cuales combatirémos en el curso de este estudio; pero nos parece que los hombres del pasado se engañan al hacer la guerra á la filosofía, porque si ésta padeció alguna equivocación, debida fué á la influencia del catolicismo en gran parte. Nosotros vamos á exponer las doctrinas del cristianismo histórico; consultaremos los hechos, y tomaremos en cuenta la revolución inaugurada por el siglo XVI en la religión oficial. Examinaremos despues las doctrinas de los filósofos, y de esta información resultará que la libertad moderna es completamente ajena al cristianismo, y que si las creencias cristia-

nas han difundido el sentimiento de igualdad, también lo han viciado exagerándolo. También demostraré nuestra información que la gloria de haber reivindicado los derechos del hombre corresponde á la filosofía, la cual ha tenido que combatir á la Iglesia como su enemigo. Añadamos que si el elemento de raza desempeña un gran papel en los destinos de los pueblos, la filosofía es la que desarrolla ese germen y le hace producir saludables frutos (a).

(a) El autor ha hecho aquí un *tour de force*, como dicen los Franceses, para glorificar á los filósofos y desterrar al cristianismo de la Revolución: trabajo inútil, si es que no funesto, por lo apasionado y por lo injusto. Ciertamente es que los escritos de los filósofos entran por mucho en la obra genésica de la Revolución; pero ni merecen los volterianos todos los laureles con que los abruma Laurent, ni el cristianismo merece el desprecio y la injusticia con que lo pretende eliminar de todo parentesco con la buena obra.—(N. del T.)

CAPÍTULO II.

EL CRISTIANISMO.

SECCION I.^a

LA DOCTRINA CRISTIANA.

§ I.—La libertad.

I.

Despues de diez y ocho siglos de cristianismo, se discute todavía acerca del carácter y tendencias de la doctrina cristiana. Consiste eso en que los partidos en que está dividido el mundo moderno y que se disputan el imperio de las almas quieren todos apoyarse en la alta autoridad de Jesucristo, y por una ilusión natural trasportan al cristianismo primitivo sus sentimientos y sus ideas. De ahí la diversidad sorprendente que hay en la apreciación de las creencias evangélicas. El protestantismo creyó volver á la verdadera tradición de Cristo, y en realidad dió el primer paso fuera del cristianismo histórico: en el día, su bandera es la de los filósofos, una religión progresiva. Lo mismo sucede entre los partidos políticos; no hay ninguno que no quiera autorizarse con el cristianismo, ó, á lo ménos, con la religión que predicó Jesucristo. Nosotros hemos oído á los revolucionarios del 93 y á los católicos ortodoxos afirmar igualmente que la libertad es de origen cristiano. Los escritores, filósofos, historiadores y poetas, abundan en esa confusión, más grande que la de la torre de Babel, no obstante la aparente armonía en el lenguaje. No

hay autor que no tenga su cristianismo propio; cada uno se forma el suyo á su manera, y no deja de encontrar sus deseos y sus esperanzas en las aspiraciones que atribuye gratuitamente á Jesucristo. Para demostrar la inanidad de esas vanas tentativas, nada habria mejor que poner enfrente unas de otras las mil explicaciones que se han dado de la buena nueva, puesto que, destruyéndose unas á otras, se adquiriria la convicción de que no es en lo pasado donde hay que buscar las inspiraciones para levantar el edificio del porvenir, sino en la conciencia progresiva de la humanidad (a).

(a) La verdadera torre de Babel entiendo yo que es la que construye el autor elogiando en unas partes el cristianismo, deprimiéndolo en cien otras y confundiendo en todas la doctrina del Cristo con las aberraciones del papado, con los intereses del catolicismo y con las peripicias y transformaciones que ha experimentado la Iglesia romana. Los demócratas, que aceptamos la verdadera doctrina del Cristo y reconocemos en su ideal una fuente de vida y de progreso, tenemos la íntima convicción de que esa doctrina es base más sólida y garantía más firme de la libertad y del progreso que las opiniones encontradas y bizarras de los filósofos y que su conducta, no siempre de acuerdo con las ideas que sustentan. Por lo demás, bien sabemos que el catolicismo y la Iglesia romana no han sido siempre ni son hoy intérpretes fieles de aquella doctrina, y que se apartan de ella al combatir la libertad, la igualdad y el progreso, ó, como dice el *Syllabus*, el *liberalismo* y la *civilización moderna*.—(N. del T.)

Pero dejemos las hipótesis y los sueños, y entremos en la realidad de las cosas. Jesucristo y sus discípulos ¿tenían idea de lo que hoy llamamos derechos naturales del hombre? ¿Tenían una noción exacta de la libertad y de la igualdad? Para todos los que hayan hecho un estudio algo serio del cristianismo, la pregunta sola parecerá ridícula. Nosotros no entraremos en el insoluble debate de las creencias y de las doctrinas de Jesucristo (a); nos atenderemos á los Evangelios y á la predicación de los apóstoles. De ellos deducimos que, si hay algo cierto, es que todos los discípulos de Cristo, sin excepción, predicaban que el fin del mundo estaba próximo y que era necesario emmendarse para tener cabida en el reino de los cielos que iba á abrirse. ¿No es soberanamente absurdo, y más que eso, ridículo, el preguntar á hombres que esperan de un instante á otro la consumación final qué es lo que piensan de la libertad y de la igualdad, es decir, de la organización civil y política de una sociedad que no va á tener veinticuatro horas de vida? (b). El cristianismo primitivo es literalmente una religión del otro mundo. Los discípulos del Cristo se preocupaban mucho más de lo que iba á suceder en el reino imaginario del Mesías que de la vida real; abandonaban la tierra al César, y, bajo su punto de vista, no le entregaban gran cosa, puesto que la tierra estaba en visperas de desaparecer para dar lugar á una nueva creación. Para ellos, todos los bienes de este mundo, incluso la libertad, si alguna vez pensaban en

(a) Pues si no quiere Laurent entrar en ese exámen, ¿cómo y por qué juzga tan doctoralmente esa doctrina? ¿Cómo y por qué afirma ó niega sin haber examinado y estudiado imparcial y profundamente la doctrina del Cristo?—(N. del T.)

(b) Bien se ve que la interpretación que da Laurent á la doctrina del Cristo es bien estrecha, casnística y superficial; se atiene á la letra que mata, y no encuentra, porque no lo busca, el espíritu que vivifica. Si fuese un poco más de verdad partidario del espíritu que da vida, hallaría fácilmente toda la que entraña la palabra del Cristo; vería que su reinado de Dios no era para los muertos, sino para los vivos. «Amad, dijo, el reinado de Dios y su justicia; lo demás vendrá de suyo, se os dará por añadidura.» Virgilio y Séneca entrevieron ya el nuevo orden. Después de Cristo veía ya San Juan descender del cielo la nueva Ciudad. Tarda en llegar; pero ¿de quién la culpa? El progreso es visible. Y ¿quién puede negar que la palabra del Cristo fué la palabra de redención que entraña ese progreso de la humanidad? Pero más adelante, en la parte décimasexta, oirémos al mismo Laurent decir que el reino de Dios era para venir á este mundo, no para irlo á buscar al otro. Y en efecto, tal es el sentido en que el Cristo hablaba del reino de Dios. Por consiguiente, todo el edificio de Laurent, fundado en que la doctrina de Cristo se limitaba á prepararse para morir, puesto que el mundo iba á acabarse, es edificio deleznable y harto frágil para fundar en él una crítica seria, sólida y tan absoluta como la que él intenta hacer.—(N. del T.)

ella, eran bienes perecederos, no figurativamente, sino en realidad, bienes que no merecían la pena de ocuparse de ellos, puesto que iban á ser consumidos en un cataclismo universal.

Si se quiere hablar de una doctrina cristiana sobre la libertad hay que prescindir de los sentimientos que forman la creencia universal de los primeros fieles (1). Y siempre resultará evidente que las ideas políticas de los discípulos de Cristo debían resentirse de una preocupación que consideraba al mundo actual como destinado á perecer, para ser reemplazado por nuevos cielos y nueva tierra. ¿No es á esa preocupación á la que hay que atribuir, en gran parte, el espiritualismo exaltado y desordenado que reina en el Nuevo Testamento? Se ha querido negar el espiritualismo excesivo de Jesucristo y sus discípulos, lo cual equivale á cerrar los ojos á la luz. ¿Qué dice el gran Apóstol de los gentiles, el segundo fundador del cristianismo? Él mismo se declara muerto para el mundo, y dice que los discípulos de Cristo son extranjeros en la tierra, y repite que los soldados del Cristo no viajan con el embarazo de las cosas de aquí abajo, sino que se conducen como si habitasen ya en los cielos. ¿Y qué son los cielos? Un reino quimérico, cuyo advenimiento esperaban de un día á otro los primeros cristianos, pero que todavía no ha venido ni vendrá jamás (a). ¿Qué es, por consiguiente, vivir en los cielos? Vivir una vida ficticia, sin relación con la realidad (b). Hé aquí el espiritualismo evangélico: doctrina falsa que separa á los hombres de la tierra, donde están llamados á desenvolver sus facultades y sus fuerzas; doctrina funesta que predica la renuncia del mundo á seres que están destinados á vivir en él; doctrina imaginaria como la existencia puramente espiritual que promete en cielos imaginarios y en un reino que es el reino

(1) Para todo lo que sigue, véanse las pruebas aducidas en mi *Estudio sobre el Cristianismo*, parte cuarta.

(a) Hé ahí la prueba del estrecho criterio del autor en este punto. No cree en los milagros del espíritu, y lo limitado y pobre de la materia le lleva á desconfiar del porvenir y casi á negar la indefinida perfectibilidad del hombre, en la que el mismo Condorcet tenía tanta fe. Aparte de esto, Laurent se contradice aquí de lo que ha dicho pocos renglones ántes. Si el reino de Dios ha de venir acá, no es cierto que la religión de Cristo sea, como ántes ha dicho, la religión del otro mundo.—(N. del T.)

(b) Vivir en los cielos es vivir con fe en el porvenir, para lo que se necesita creer en algo imperecedero, y para esto amar el bien *ex toto corde*, creer en Dios y amar al prójimo como á sí mismo, en ocasiones más que á sí mismo. El que sólo se ama á sí y hace de sí mismo su Dios y toda la humanidad... ese no conocerá jamás á Cristo y se reirá del reino de los cielos.—(N. del T.)

de los sueños. Nosotros preguntamos á todo hombre de buen sentido: ¿caben en semejante concepción nuestras preocupaciones sociales y políticas y nuestras ideas de libertad y de igualdad?

Puesto que es siempre el cristianismo primitivo el que se invoca en el debate sobre los orígenes de la Revolución, nos es forzoso insistir en los sentimientos de los primeros cristianos, porque la idea que se ha formado de ellos es tan imaginaria como el reino de los cielos predicado por los discípulos de Cristo. ¿Cuál es el tema habitual de los predicadores de la buena nueva, de esos Padres de la Iglesia que tanto se admiran y á los que se atribuyen ideas políticas en que jamás pensaron? ¿Hablan á sus auditorios de libertad y de igualdad? Les dicen «que no debemos vivir de esta vida, sino considerarnos como muertos en todo aquello que la preocupa.» Esto no era una de esas vanas declamaciones, como las que hoy se oyen en las cátedras que se llaman de la verdad: nuestros predicadores, al aconsejar el desprecio de los bienes perecederos, saben arreglarse perfectamente con ellos; y al predicar á los fieles que mueran para el mundo, ellos están tan distantes de morir para él, que sólo se preocupan del mundo, de sus pasiones y de los más vulgares intereses: las acciones de las compañías y de los bancos tienen para ellos más atractivo que el reinado de Jesucristo. Mas para los primeros cristianos, la renuncia del mundo era una terrible realidad, porque se ligaba á la esperanza del juicio final, que miraban como instantáneo (a). Y volvamos á preguntar: una sociedad imbuida de semejantes sentimientos, ¿puede pensar en la libertad y en las garantías que reclama? Los Padres de la Iglesia van á responder á nuestra pregunta.

«Toda tierra extranjera, dice San Justino, es para nosotros una patria, y toda patria es extranjera; nosotros vivimos en la tierra, pero no somos de esta tierra, somos ciudadanos del cielo.» Gregorio Nacianceno y el Crisóstomo decían otro tanto, y para los Padres ese espiritualismo no era vana palabrería. San Crisóstomo dice que la primera y principal virtud del cristiano es la de con-

(a) La renuncia al mundo era para los primeros cristianos vivir según Jesucristo, renunciar al pecado, aplicar una medicina fuerte á la gangrena del materialismo que corroía las entrañas de la antigüedad. La esperanza en la recompensa era consecuencia natural de la idea de la inmortalidad del alma, de la existencia del mal en la tierra y de la creencia en la justicia de Dios.—(N. del T.)

siderarse como extranjero en este mundo, la de no tener nada de común con lo que en él pasa, sino apartarse como de cosas que no le conciernen. El cristianismo no se ocupa de los asuntos públicos; su política está en el cielo, vive en la ciudad como en la soledad, desprecia las agitaciones de la vida civil y pasa por la plaza pública como un extranjero. Los que usan ese lenguaje téngase en cuenta que son los Padres griegos, y que pertenecen á una raza esencialmente política. Los Padres latinos han olvidado también que el ciudadano debe vivir en la ciudad y para la ciudad. Nada más extranjero para el cristiano que la vida pública, dice Tertuliano; no pleitea, no va á las asambleas, se concentra en sí mismo, ese es su único negocio, (a).

¿Y se quiere que esos hombres hayan inaugurado el reinado de la libertad! Más dispuestos estaban á abismarse en el quietismo indiano, y de hecho la mayor parte abandonaron el mundo para entregarse á una estéril contemplación en los desiertos ó en los claustros. El monaquismo con sus locuras es la consecuencia lógica de los sentimientos que animaban á los primeros cristianos, y por eso era ensalzada la vida monástica como la vida de perfección predicada en el Evangelio. ¿Se necesita preguntar qué tiene de común ese ideal con las aspiraciones de la sociedad moderna? La cuestión, volvemos á decirlo, tiene el aire de una sátira; pero son las vanas teorías de los que se llaman cristianos las que nos obligan á plantearla y á resolverla (b). Oigamos al primer fundador del mo-

(a) Laurent afecta desconocer aquí lo que reconoce y declara en otras partes: que la palabra de Cristo se dirigía al individuo; sabía, por lo visto, mejor que Laurent, que formando hombres libres se hacen ciudades y naciones libres. Y sabía otra cosa, que también afecta ignorar Laurent, y es la de que, haciendo á los hombres virtuosos y buenos, se les hace libres. Por eso decía: «Amad á Dios y su justicia; lo demás vendrá en pos de eso; es una consecuencia de eso.» Sabía y decía Cristo que el que sirve sólo á sus apetitos es esclavo de ellos y es capaz de someterse á toda clase de yugos; pero el que sabe mandarse á sí mismo sabe también ser libre en medio de cadenas; sabe obedecer y mandar; sabe no ambicionar, pero también no temer nada más que á Dios; sabe no doblar su rodilla más que ante Él, ante la razón y ante la ley. Hombres así son los verdaderos elementos para hacer pueblos libres. Enseñémoslos Laurent á hacerse ídolos de sí mismos, á rendir culto á la materia, á los goces que ese culto proporciona, y habrá hecho un gran servicio á todos los déspotas, porque habrá formado esclavos. Que de la senda trazada por Cristo cabe extraviarse... ¡qué duda tiene! El espiritualismo excesivo y exagerado conduce al misticismo y aún á la locura. Pero Cristo se dejaba echar perfumes sobre la cabeza alguna vez, y decía que su yugo era suave.—(N. del T.)

(b) El hombre es espíritu y materia en maravillosa síntesis ó hipótesis, como decían los Griegos. Cada exceso y aberración de uno de los dos elementos prepara su contrario. Pero el

naquismo, San Basilio: "El soldado de Cristo no debe tener ninguna preocupacion terrestre; debe mirarse sin familia, sin bienes y sin ciudad.", ¿Qué hará el hombre separado de todo lo que constituye la vida civil y política? "Los monjes, responde San Basilio, vivirán de una vida espiritual como los ángeles; su vida entera será una oracion.", Es decir, que los monjes dejan de vivir como Dios ha querido para hacer una vida ficticia, ó, mejor dicho, para morir. ¿Es acaso en la muerte donde hay que buscar el ideal de la libertad á que nosotros aspiramos?

Si todos los cristianos no se hicieron monjes, consiste en que eran muy inconsecuentes. Los que permanecían en el mundo no se inquietaban mucho más de la ciudad y de los derechos del hombre que los que se retiraban al desierto. ¿Cómo habian de pensar en la libertad, cuando el mundo romano era esclavo? Méenos que ningunos otros podian pensar los cristianos en reivindicar una libertad cualquiera (a). ¿La libertad no es una lucha? ¿No es necesario conquistarla? Y para conservarla, ¿no se necesita tener siempre armas á la mano? ¿Y qué es lo que predicaba Jesucristo á sus discípulos? La paciencia y la resignacion (b). Si se tomasen los consejos evangélicos por lo serio, la noción misma del derecho se borraría: ¡se quiere que Jesucristo haya enseñado los derechos del hombre! No hay más que una sola palabra del Cristo que se preste á esas hipótesis; si él quiere que se dé *al César lo que es del César*, quiere también que se dé *á Dios lo que es de Dios*. Se ha edificado sobre esas palabras toda una doctrina de libertad que se supone ser la de Cristo. Si se le coloca bajo el punto de vista providencial, puede decirse que Jesucristo ha destruido el despotismo antiguo y abierto una

monarquismo, que no está en la doctrina de Cristo ni mucho ménos, fué tal vez una necesidad, quizá un remedio. Laurent mismo ha referido en otros parajes los beneficios que produjo en épocas dadas. La perfeccion evangélica no consiste en separarse de la sociedad y dejar de ser hombres. Pero hay que apreciar, en la historia de la humanidad y de sus instituciones, no sólo los hechos en sí, sino los momentos históricos en que se realizan.—(N. del T.)

(a) Pensaban en reconquistar la base de toda libertad, la fuente de ella, la posesion de sí mismos. Por eso llamaban á la palabra del Cristo *palabra de redencion*.—(N. del T.)

(b) En efecto, y mandaba á Pedro que envainara su espada, y se sometía al Calvario y á la muerte más afrentosa. También Sócrates aceptó la cicutá, y enseñando obediencia á la ley, pretendía también hacer hombres libres y buenos ciudadanos. Por lo visto, el tipo ideal de Laurent es Mahoma. Y, sin embargo, él tiene más de cristiano que de musulmán, al ménos así me parece por la intencion y los deseos que revelan sus escritos.—(N. del T.)

nueva era, la de la libertad. Pero para dar esa significacion á la predicacion evangélica se necesita no ver lo que Jesucristo y sus apóstoles han querido, se necesita ver lo que ha querido Dios por su ministerio. Aquí volvemos á investigar qué es lo que los hombres han querido; y colocados en este terreno, el debate acerca de las relaciones del cristianismo y de la Revolucion es fácil decidirlo (a).

II.

Hemos dicho, al principiar este estudio, que los antiguos no tenían la idea de los derechos individuales; que absorbían al individuo en la sociedad hasta el punto de que la sociedad sola tenía derechos: el individuo los tenía sólo como miembro de la ciudad, como ciudadano, pero no como hombre. La religion no se pudo sustraer á la accion invasora del Estado; y aún cuando exterior y consistente sólo en sacrificios, cánticos y danzas, hacia, sin embargo, parte de la vida política. En ese orden de ideas, la libertad religiosa no podía ser cuestion para el individuo (b). En el momento mismo en que Jesucristo iba á predicar una religion nueva dió Mecénas á Augusto este consejo: "Honra á los dioses segun el culto antiguo y obliga á todo el mundo á tributarles el mismo culto. En cuanto á los que quisieran innovar cualquiera cosa en esas materias, hay que castigarlos; primero, porque el que desprecia á los dioses no podría tener respeto á los príncipes, y despues, porque aquellos que introdujesen divinidades extran-

(a) Lo acabo de decir: Laurent reconoce aquí que la doctrina del Cristo destruyó el despotismo antiguo y abrió la era de la verdadera libertad. Sólo que á renglon seguido le duele la concesion y echa mano de su *Deus ex machina* para desatar la dificultad. Dios fué, dice Laurent, el autor de aquello. Cristo y sus apóstoles ni siquiera pensaban en ello. Y despues nos dirá que el bien es debido á los Bárbaros y á los filósofos.—(Nota del Traductor.)

(b) El lector habrá advertido que Laurent, individualista enragado, hace del individualismo la panacea universal. Erigido en sistema ese principio con el absolutismo con que lo erige Laurent, le hace sacar la historia de su quicio y le obliga á contradecirse á cada paso, teniendo que caminar con esa especie de ten con ten y de peros y distingos con que se le ve aprobar y desaprobá á cada página una misma cosa. Hace cargos á la antigüedad que no merece y que desconoce, ó, lo que es peor, omite cautelosamente hacer mérito de sus grandezas y sus verdaderas glorias. Un poco más adelante le veremos elogiar con encomios *la libertad de pensar* de los antiguos, mientras que aquí la necesidad de su preconcepto le obliga á decirnos que fueron *intolerantes*, que *no conocieron la libertad religiosa*, y hace una inculpacion á las repúblicas griegas y romana, apoyado en el consejo del primer ministro del primer emperador, es decir, en el diseño del despotismo más horrible que iba á pesar sobre el género humano.—(N. del T.)

geras podrían introducir también leyes extranjeras, y vendrían las sociedades secretas, que son un peligro para el Estado y sobre todo para la monarquía.", Tal era el derecho público del mundo antiguo; es la negacion radical de lo que llamamos nosotros libertad de conciencia (1).

Jesucristo aceptó la sociedad antigua tal como el imperio romano la había organizado; nada quería tocar en cuanto á las instituciones civiles y políticas, pero le era imposible someter su conciencia al yugo de César, porque precisamente venía á emancipar la conciencia ilustrándola. La religion que predicaba era esencialmente interior; ningun sacrificio, ningun culto, nada más que la relacion del hombre con Dios y la ley de trabajar para su perfeccionamiento hasta que fuese perfecto como su Padre en los cielos. ¿Qué tenía que ver el César con ese trabajo de la conciencia? El Estado no podía ya intervenir, no tenía para ello ni cualidad ni capacidad. Y en ese sentido dice Jesucristo á los suyos: *Dad á Dios lo que es de Dios*.

¿Jesucristo creía reivindicar la libertad de conciencia como un derecho? Hay quien pretende que Cristo hizo una verdadera revolucion en la idea del Estado y de los derechos del hombre. "Despues del Evangelio, dice M. Laboulaye, hay uno frente á otro dos conceptos políticos: de un lado, la antigua teoria, en la cual el Estado lo es todo y el hombre no es nada; de otra parte, la idea nueva que da el primer puesto á la conciencia ó al individuo, sistema en el cual el Estado se ve reducido á la mision de garantizar los derechos individuales. En la teoria gentilica, la soberania es absoluta, no hay nada que la limite; en la teoria cristiana tiene derechos limitados, hay esferas en que no puede entrar: el alma no la pertenece.", (2). Si esa interpretacion es verdadera, hay que decir que la Revolucion no data del siglo XVIII, sino que lo que se llaman principios del 89 proceden de Jesucristo. Pero ¿no es esa una de las ilusiones históricas de que acabamos de hablar.

La ilusion es evidente (a). Si Jesucristo hubie-

(1) Véase mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*.

(2) *El Estado y sus límites*, por LABOULAYE, p. 111.

(a) No ilusion, sino error crasísimo, es el que padece aquí Laurent. Lo que ha sostenido y demostrado Laboulaye lo han sostenido los E. Quinet y los Michelet, y lo sostienen los Blanc y los Víctor Hugo, publicistas, historiadores, filósofos y poetas todos demócratas, y lo sostendrán los que vean claro, sin pasion y con ojo penetrante y mirada trascendental.—(N. del T.)

se dado á sus palabras el sentido que se las presta, hubiera sido el más radical de los revolucionarios y habría venido á destruir el Estado antiguo. ¿Y no dice que es necesario *dar al César lo que es del César*? ¿Tendría significacion ese precepto si Cristo hubiese predicado los derechos del hombre? Predicar que el hombre tiene derechos que no emanan del Estado y que el Estado no puede quitar, sino que debe garantizar, es tanto como destruir el César; ¿es destruyéndole acaso como se le da lo que le pertenece? (a). Si las palabras de Jesucristo son serias, hay que decir que sostenía la libertad civil y política tal como los Romanos y los Griegos la habían hecho: el Estado omnipotente y el individuo sin ningun derecho más que como ciudadano. Luego no ha podido reivindicar los derechos del hombre.

Que el Cristo y sus discípulos no pensaron en la libertad política, es indudable. Cuando Jesus predicó la buena nueva en Palestina, los emperadores inauguraban el más horrible despotismo que jamas pesó sobre la tierra. Cuando San Pablo vino á Roma, era Neron emperador; el Cristo y sus apóstoles ¿llamaron á los habitantes del imperio á la libertad? ¿Les predicaron los derechos del hombre? (b). San Pablo escribe á los Romanos: "Que toda persona viva sometida á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios.", Hé aquí un deber, deber de obediencia absoluta; pero ¿dónde está el derecho? Ni aún se puede decir que Jesucristo haya reivindicado la libertad de conciencia á título de derecho; porque si hay un derecho para el individuo, hay una obligacion correlativa para el Estado; y si el Estado falta á esa obligacion, ¿qué hará el fiel? Obedecerá á Dios ántes que á los hombres, responde el apóstol: ¿qué quiere eso decir? ¿Habrá enseñado, por ventura, el apóstol que la revolucion es el más santo de los deberes, cuando el príncipe viola los derechos de los ciudadanos? No, responde todo verdadero cristiano, Lutero lo mismo que Bossuet: el derecho de los discípulos de Cristo consiste en sufrir y mo-

(a) El argumento de Laurent no puede ser más pobre: dilemas y silogismos en *Baraliphton* que harían honor á un escotista.—(N. del T.)

(b) Pero ¿qué idea tendrá Laurent de la predicacion de Cristo y de su doctrina? ¿Querrá que San Pablo hubiese entrado en Roma como Garibaldi en Palermo? Ese género de argumentacion es pueril, no es serio.—(N. del T.)